

Gilles Clément

# UNA BREVE HISTORIA DEL JARDÍN



Editorial Gustavo Gili, SL  
Via Laietana 47, 2º, 08003 Barcelona, España. Tel. (+34) 93 322 81 61  
Valle de Bravo 21, 53050 Naucalpan, México. Tel. (+52) 55 55 60 60 11

Gilles Clément

UNA BREVE  
HISTORIA  
DEL JARDÍN

Traducción de Cristina Zelich

**GG**

Título original: *Une brève histoire du jardin*,  
publicado por Éditions JC Béhar, París, 2012.

Edición a cargo de Moisés Puente  
Diseño de la colección: Setanta

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra solo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos  
Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar  
o escanear algún fragmento de esta obra.  
La Editorial no se pronuncia ni expresa ni  
implícitamente respecto a la exactitud de la  
información contenida en este libro, razón  
por la cual no puede asumir ningún tipo de  
responsabilidad en caso de error u omisión.

© Les Éditions du 81, 2012  
© de la traducción: Cristina Zelich  
y para esta edición:  
© Editorial Gustavo Gili, SL, Barcelona, 2019

*Printed in Spain*  
ISBN: 978-84-252-3252-7  
Depósito legal: B. 21706-2019  
Impresión: agpograf impressors, Barcelona

## Índice

El primer jardín	7
El cercado y la medida	17
El jardín vertical	29
La visión romántica	39
Los jardines de la noche	51
El jardín de los astros	67
El último jardín	79
El sueño del caracol	95
La tarjeta de puntos (relato)	107
Breve bibliografía	123



# I

## El primer jardín



**E**n el bosque de Dzeng, los pantanos se cubren de palmeras espinosas. Crecen y se enredan al abrigo de los árboles grandes. Los habitantes de Dzeng se desplazan en piraguas talladas de un único tronco. Sobre el agua quieta trazan un surco lento; son niños o ancianos, pescadores, barqueros que transportan no se sabe qué, que se esfuerzan en una tarea sin urgencia. En la media sombra acechamos los reflejos de la zalmoxis, una mariposa de gran envergadura, de vuelo vivaz y alas robustas, uniformemente azules, atravesadas de nervaduras precisas, negras, como pintadas con tinta china.

En esta región de África, en la que subsiste una extensión forestal importante, la zalmoxis no es rara. Vive al oeste de Yaundé a lo largo de la carretera que nos lleva a orillas del río Dja, en la frontera con Gabón. Atravesamos el Camerún húmedo y boscoso, abandonando por un tiempo las sabanas secas del norte. Nuestra misión consiste en estudiar el comportamiento de las especies nocturnas atraídas por las trampas de luz en lugares remotos, en la linde del bosque. Un protocolo sencillo permite identificar cada media hora las especies que van apareciendo desde que cae la noche hasta la salida del sol. Anotamos la temperatura con una precisión de medio grado, la fase lunar y la fuerza del viento. Preferimos las noches cerradas tras un día de lluvia; garantía de eclosión y abundancia, los insectos se posan sobre el lienzo de caza extendido entre dos estacas improvisadas e iluminado por una lámpara de vapor de mercurio: una bombilla desnuda,

oblonga, frágil, objeto de grandes cuidados durante el transporte de campamento a campamento. Después de un día en que la tienda fue arrastrada por el agua y nos quedamos sin techo, dormimos en las chozas locales, las cabañas ahumadas, sobre los jergones rugosos de los refugios indígenas que nos ofrecen por el camino. Antoine le Douala parlamenta y traduce, es nuestro salvoconducto. El Renault 4L, cargado hasta los topes, transporta el equipo electrógeno, las reservas de gasolina, la comida y a nosotros mismos: tres pasajeros asombrados de atravesar con tanta ligereza las pistas incómodas, como flotando por encima de los suelos de lateritas y de las marismas, mientras que los vehículos pesados se hunden a nuestro alrededor. En 1974, el mercado de los 4x4 inútiles no existía todavía, los viejos Land Rover se atan a los árboles mediante cabrestantes para salir de las roderas, los adelantamos, nos alcanzan de nuevo, jugamos a las carreras de sabana, luego nos detenemos para hacer balance de rendimiento: una vez más hemos pasado el vado...

Para ir al Dja tenemos un pretexto de exploradores: queremos acercarnos a la hembra de *Papilio antimachus* (un ejemplar forma parte del tesoro del Muséum de París, se dice que hay otro en Londres). Mientras que el macho se deja ver de buen grado cerca de las pistas —¿cómo no ver a ese inmenso planeador, un juguete tranquilo en el aire tropical, el mayor de los diurnos africanos?—, la hembra se esconde en la cima de los árboles, nunca baja, solo los pigmeos saben cómo son sus larvas y saben encontrarlas.

Nuestro objetivo: encontrarnos con los pigmeos.

En la cuenca africana, donde subsiste una continuidad forestal importante que cubre gran parte de Gabón y el sur de Camerún, viven los pigmeos. Pero también los pequeños

elefantes de bosque, los ciervos de agua, los gorilas, los monos verdes y el virus del Ébola. En la época en la que viajamos, este virus aislado en los doseles arbóreos de Gabón, probablemente almacenado entre los artrópodos (de los que forman parte los insectos) y, tal como se cree actualmente, transmitido por los monos verdes, todavía no ha causado los estragos fulminantes que conocemos. En Zoulabot II nos ofrecen la mejor parte del mono, la nalga. Consumimos sin reservas este plato cocinado en honor de los invitados. Un manjar de primera. Compartir esta carne es una ceremonia. Hoy resulta mortal. En 1998, en el corazón de la selva gabonesa, a cien kilómetros del campamento de Makande, donde estaba instalada una expedición científica del Radeau des Cimes, todos los habitantes de un pueblo desaparecieron por esta única razón.

Zoubalot II, la última etapa antes de llegar al Dja, río fronterizo, se compone de casas sencillas dispersas en un claro y dispuestas en torno a un dispensario construido con materiales permanentes, según los cánones de la arquitectura colonial de la sabana: alero y tejado de chapa. Monjas holandesas, enviadas en misión por el gobierno, y sin duda también por un dios de la fiscalidad, intentan sedentarizar a la población pigmea; es decir, censarla y gravarla con impuestos.

En los libros se dice (o se decía): los pigmeos, junto con los bosquimanos del Kalahari, los peul del Sahel, los aborígenes de Australia, los inuit del Gran Norte y algunos otros pueblos, forman parte de las últimas sociedades nómadas del planeta.

*Los nómadas no hacen jardines.*

Los pigmeos, pueblo cazador, pescador y recolector, establecen su campamento creando un claro en el corazón de la selva. Talan árboles de forma somera, dejando el pie y

la base del tronco hechos pedazos, ya que emplean herramientas toscas. Las hormigas carpinteras cubren el suelo; únicamente las ramas de poco diámetro y suficientemente flexibles y largas, tomadas de los árboles caídos, sirven para construir las chozas circulares y bajas. Efímeras. Para entrar en la choza, los pigmeos tienen que agacharse y pasar por un único acceso en forma de túnel. El campamento se abandona cuando el territorio de exploración —¿el jardín?—, en un radio que corresponde con la jornada de marcha de ida y vuelta, deja de satisfacer las necesidades de la sociedad nómada. La selva recupera entonces sus derechos. El campamento hecho de materia orgánica vuelve al humus, una vegetación “secundaria” ocupa el claro y lo cubre densamente antes de que los grandes árboles originarios vuelvan a encontrar allí su lugar. La *secundarización* de los bosques primarios bajo la influencia de las poblaciones nómadas corresponde a un fenómeno antiguo y no solo a las incidencias de las explotaciones modernas e industriales; sin embargo, su impacto nunca amenazó al sistema primario —muy extendido— de los grandes bosques de África antes del siglo xx.

En las inmediaciones de Zoulabot II, el campamento pigmeo al que tenemos acceso, esto parece un accidente de la selva: por todas partes se ven árboles heridos, tiosos por encontrar la muerte en el campo de batalla. El suelo está cubierto de ramas secas y en el silencio de un claro abrasado por el sol, apenas emergiendo como vestigios erigidos hacia el cielo, como gritos, las chozas suaves y redondas, las casas de los hombrecillos. ¿Qué energía, qué guerra, por qué tanto fervor para hacer que llegue la luz cegadora hasta el frágil suelo? ¿Actuarán siempre así los pigmeos, con terror y brutalidad?

El campamento pigmeo a orillas del Dja no es un campamento de verdad. No está destinado a desaparecer, se trata,

en realidad, de un intento de instalación, una base, un primer poblado.

Los medios para conseguir la sedentarización son conocidos en todo el mundo: alcohol, drogas y supermercados. Todo ello en un terreno cercado lo bastante amplio como para denominarse de forma abusiva “territorio indígena”, pues en él el pueblo, asistido violentamente, no deja de perder su identidad. ¿Qué ha pasado con los pigmeos sedentarios de las intermediaciones del Dja, más allá de Zoulabot II, en la frontera entre el Camerún y el Gabón forestales?

En julio de 1974 —breve temporada de lluvias que propicia las eclosiones en esta parte del mundo—, explicamos a los hombrillos nuestra intención de encontrar una hembra de *Papilio antimachus*. Hablamos bajo la protección de un alero, delante de una cabaña construida con los materiales de las chozas, pero con una forma clásica: una cubierta a dos aguas por la que el agua resbala sobre las hojas amontonadas de pandanos. Son tímidos, nos miran sonrientes; abren mucho los ojos como para dar a entender que escuchan con atención. Antoine, nuestro intérprete-guía-ayudante, no habla su lengua. Un local no pigmeo llega para ayudarnos. Mostramos fotografías de la mariposa. De inmediato se animan, olvidan nuestra presencia; uno de ellos va a buscar un instrumento musical hecho de cuerdas tendidas, otro un pequeño xilofón. Puesto que hablamos de mariposas, hace falta música. Un poco. ¿Qué podemos darles a cambio? ¿Por qué estamos tan a menudo con las manos vacías, nosotros que hemos venido a saquear el mundo?

Los pigmeos del Dja no nos enseñarán la hembra del *Papilio antimachus*. No es la época. El más atrevido me toma de la mano, nos lleva más allá de la cabaña y se detiene ante un cercado. Es un cuadrado. Comprendemos que hay que obser-